

PIRATEN

WOLFRAM
ZU MONDFELD



3.000 años de aventuras y crímenes relatados en una narración apasionante ilustrada con 150 grabados. La historia de los piratas en el Mediterráneo y el Atlántico, sus personalidades famosas y sus bellos barcos. Un libro dedicado a todos aquellos que aman el mar y la aventura.

ÍNDICE DE MATERIAS

¿Héroes nacionales o delincuentes?

El azote de la piratería se inició con Jasón

La verde bandera del profeta

Los dragones del mar de las tinieblas

Bandidos e ilustres señores

La media luna y la cruz en el Mediterráneo

La bandera de la calavera

Héroes de antaño — Criminales hogaño

A la caza de paganos y del oro del moro

Bajo las flores de lis del rey sol

Apariencias falsas — Banderas auténticas

El sueño del oro enterrado

Asesinos y cobardes

¿Hay piratas actualmente?

Guía de palabras y temas importantes

¿Héroes nacionales o delincuentes?

Piratas, filibusteros, corsarios, bucaneros

Escribe el capitán Charles Johnson sobre Edward Thatch, alias Blackbeard (Barbanegra), en su «Historia General de los Roberts».

«La barba era negra y le llegaba hasta los ojos. Dejábala crecer sobremanera y la dividía mediante cintas en tiras menudas que ceñía en torno a las orejas. Traía un gorro de piel en el que encajaba a cada lado una mecha encendida, cuyas ascuas se hacían visibles a la derecha e izquierda de su rostro. Tenía los ojos fieros y espantosos de por sí. En el combate traía siempre una bandolera con tres pares de pistolas. Todo ello le daba una apariencia tan siniestra que la imaginación del infierno no podría ser más terrible que ella».

Informe de la prensa de Nueva York sobre Bartholomew Roberts

«Es alto y esbelto, de rostro bien configurado y cabello oscuro. Incluso en la pelea viste damasco, terciopelo, brocado y seda, con rico galonado de oro en su casaca roja, cortada a la manera de los oficiales británicos de más alto rango. De una séxtuple y gruesa cadena de oro, le cuelga en tomo al cuello una gran cruz de diamantes y también las cachas de sus pistolas están engastadas en piedras preciosas. Adorna su sombrero la rara y costosísima pluma rojo sangre del ave del paraíso. No echa maldiciones ni fuma, ni prueba tampoco el alcohol, aunque sí toma té, café y zumos de fruta en vasos y copas de plata y mantiene a bordo una gran orquesta que, en sus horas de ocio, tiene que tocarle las obras de Georg Friedrich Händel».

Otro informe, aparecido en la *New York Gazette*, reza así:

«En medio de cánticos y risotadas, cogieron de los pelos al capitán Hilton, inhumanamente atado de pies y manos, le sujetaron la cabeza y los hombros sobre la borda de la chalupa y pude oír perfectamente cómo le hendían a hachazos las vértebras del cuello. A continuación, y con un ligero golpe de machete, le separaron la cabeza del tronco y la arrojaron al agua. Nuestro grumete, *mister Merry*, se alzó sobre las rodillas y ya en el umbral de la muerte, gemía pidiendo misericordia. Un golpe a sable limpio lo derribó hacia atrás. Con largas navajas le atravesaron después el cuerpo dando carcajadas y le rebanaron el cuello de oreja a oreja».

Aquí tenemos a los ingleses, cuya potencia marítima fue fundada por piratas, luchando a brazo partido con los argelinos, que consideraban la piratería como un medio permitido en la «Guerra Santa contra los infieles».

El Abate de Brantôme, en su libro sobre la Orden de Malta, escribe sobre Azor Jairedín Barbarroja:

«Ni siquiera tuvo igual entre los grandes conquistadores del mundo griegos y romanos. Cualquier país estaría orgulloso de poder contarle entre sus hijos».

Esto otro cuenta Alexandre Olivier Exmerlin en la «Pirática Americana» acerca de François Nau, conocido como L'Olonnois:

«Les preguntó también si podrían hallar otro camino, pero le respondieron que no conocían ningún otro camino.

»Entonces fue poseído de una furia diabólica, le abrió en vida el cuerpo a uno de los prisioneros (españoles), le arrancó el corazón, lo mordió y lo arrojó contra el rostro de otro de los cautivos, con estas crueles palabras: «"¡Si no me indicáis otra ruta, haré lo mismo con vosotros!"».

El Marqués Maurice de Kérazan, escribe en su diario:

«Ya en cuanto avistó al *Confiance*, el inglés abatió la bandera. Pero cuando fue traído después a bordo de nuestro barco, exclamó

con rabia:

»“De haber sabido yo qué cascarón de nuez es el *Confiance*, no hubiera arriado la bandera, sino combatido”.

»Robert Surcouf se inclinó cortésmente y le dijo:

»“*Monsieur*, tened la bondad de regresar a vuestro navío y empecemos la batalla”.

»Pero, desoyendo aquel ofrecimiento, el británico rehusó la lucha y se rindió a discreción».

Cuenta Philipp Gosse en «The History of Piracy» (Historia de la Piratería):

«Eran un hatajo de bestias sanguinarias que sólo se atrevían a atacar a los débiles y que no tenían en mayor aprecio la vida de personas inocentes que el que tendría un matarife hacia sus víctimas. El resultado es una monótona lista de carnicería y saqueo sempiternos, del que muy rara vez descuella alguna personalidad o hecho excepcional».

Miguel de Cervantes Saavedra dice en el «Quijote» sobre Uluch Alí:

«Uluj Alí, atrevido y venturoso corsario...», «vino a ser rey de Argel y después general de la mar».

Los piratas - la leyenda y la realidad

Estos testimonios auténticos de cronistas fidedignos no constituyen más que un pequeño botón de muestra del sinfín de contradictorias opiniones emitidas sobre esos hombres (y mujeres) que, bajo el término genérico de piratas —u otros semejantes— hicieron inseguros los mares durante tres milenios bien contados.

Un verdadero bosque bibliográfico ha crecido en torno a este tema desde hace cientos de años. Una serie de libros trabajados científicamente o nuevas ediciones de do-

cumentos originales se han empeñado en estudiar a fondo la piratería en todas sus formas y estilos.

Pero no cabe duda de que la imagen de los piratas existentes en la conciencia pública ha sido modelada por otras fuentes: libros de aventuras de gran impacto, folletines, tebeos, filmes y series de televisión pensados de cara a la galería. Esgrimiendo sables y pistolas, tapado el clásico ojo tuerto, con su pata de palo y la prótesis de gancho encajada en el muñón del antebrazo, pululan sin patria ni ley los «malos» de las historietas cómicas sobre las cubiertas de los buques abordados, raptando rubias imponentes con el único objeto de que, un poco más adelante y tras una serie de desaforados zafarranchos, puedan rescatarlas otros fornidos «héroes», en su mayoría rubios también. O bien revuelven el contenido de arcas de oro o entierran tesoros en islas remotas, para terminar al fin —cómo podría ser de otro modo— colgados de una entena para dar satisfacción a la necesidad perentoria de que se cumpla la justicia.

Es desde luego indiscutible que, entre los piratas, ha habido casos individuales, encarnación de ese tipo, pero constituían en realidad burdas excepciones de ese gremio y la abrumadora mayoría de los piratas que han de ser mencionados en este libro, no se hubieran dignado tocar semejantes personajes ni siquiera con pinzas asépticas.



Así pintan a los piratas los tebeos y otros medios de hoy en día.

Y sin embargo, hay un par de rasgos característicos comunes a todos los piratas desde el más insignificante y mezquino hasta el más apuesto y renombrado —audacia temeraria y afán aventurero a grandes dosis—. Se trataba de una profesión peligrosa y de la que podían sacar en limpio tanto el mejor como el peor de los resultados; pero ahí cesa el denominador común.



Trofeos conquistados en toda una carrera de pirata: sable de honor del Emperador, cruz de oficial y águila de la Legión de Honor además de un título nobiliario: la reconocida y admirada posteridad le hizo estatuas y un museo propio. Así se honró a Robert Surcouf.

El muestrario de los piratas abarca desde el rufián rechoncho hasta el elegante hombre de mundo y el aristócrata de blasones, desde el bandido de vía estrecha hasta el almirante creador de una flota, desde el patrón de una chalupa insignificante hasta el comandante de un navío de 70 cañones, desde el tahúr veleidoso hasta el tipo de ciudadano más recto incluyendo en casos un puritanismo fanático, desde analfabetos a exploradores, hombres de ciencia e incluso de cátedra universitaria. Vemos dentro de él a rateros andrajosos junto a hombres de leyes y jueces, desde los más abatidos desheredados de la fortuna hasta los más opulentos armadores y también, frente a delincuentes sin escrúpulos, destacan reformadores sociales y celebrados campeones de la libertad.

A lo largo de tres milenios los piratas han contribuido lo suyo, y en muchas ocasiones de un modo decisivo, a dar forma al mundo en que vivimos y a su historia.

Los salteadores del mar constituyeron desde un principio una potencia militar indiscutible. El imponente Imperio

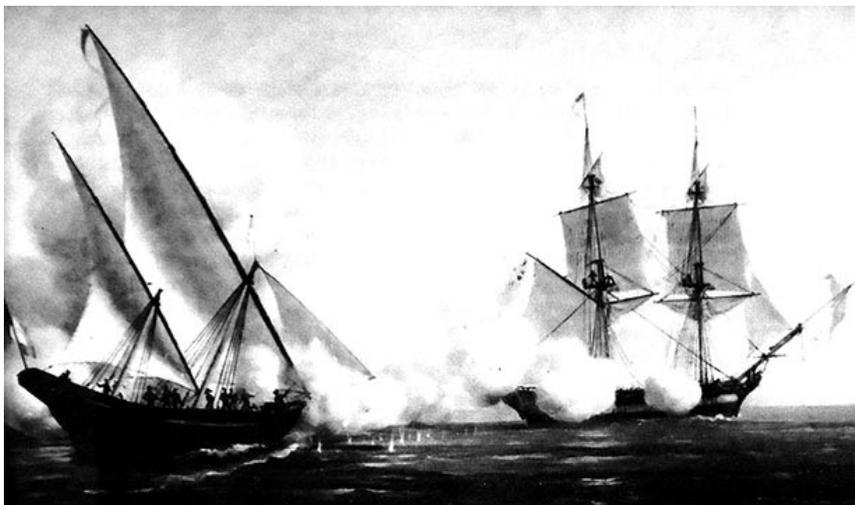
Romano hubo de echar mano de 500 naves, 120.000 soldados, 24 generales y su más brillante estrategia, Gneo Pompeyo, para poder hacer frente al antiguo azote de la piratería mediterránea, y si salió al fin victorioso, fue más por su astucia política que por su poderío militar. Durante todo un milenio luchó en vano Europa contra los piratas islámicos del norte de África y Uluch Alí, uno de sus arráeces más grandes en el siglo XVI, contribuyó con 20.000 mosquetes de sus arsenales de Argel y Túnez cuando lo nombraron jefe supremo de la flota otomana. Un pirata catalán, Roger de Flor, mantuvo fuera del Imperio Bizantino durante luegos años a las huestes turcas, consideradas entonces como invencibles. Y fueron unos piratas ingleses los que —luchando también «contra los elementos»— salvaron en 1588 a su país de una invasión española, contribuyendo a la destrucción de la «Invencible». En segundo lugar, los asaltantes de los mares constituyeron también un factor económico de importancia indiscutible. Por sus manos pasaban sumas inmensas, para seguir conductos a los que nunca habían sido destinadas. Participaron en tales negocios reyes, banqueros y armadores y utilidades del orden del 500 por ciento distaron de ser cosa rara, distribuyéndose a manera de acciones las participaciones en el botín logrado por las naves piratas. Fueron piratas franceses y británicos los que llevaron a la quiebra y al estancamiento centenario el imperio colonial español en Centro y Sudamérica —a la vez que levantaban la potencia económica de sus propios países—. Los piratas cilicios podían permitirse en tiempos precristianos revestir la proa de sus naves de oro macizo y teñir sus velas de púrpura, cuando media onza costaba el equivalente de cinco mil duros. Un solo pirata, Bartholomew Roberts, capturó en el curso de pocos años más de 400 barcos y Jean Anjo era tan poderoso que Francisco I de Francia hubo de decirle al embajador español que le pedía protección para sus costas: «Tiene más barcos que yo y por lo

menos, el doble de dinero. Si queréis la paz, tendréis que empezar por tratar con él mismo».

Es evidente que esa potencia militar y económica de los piratas se convertiría también en seguida en un factor político con el que había que contar en todo momento. Los príncipes, reyes y emperadores «hacían la corte» y adulaban a los corsarios, a cuyos pies pusieron cuantiosas sumas de dinero, títulos nobiliarios y las más altas condecoraciones, con el fin de propiciárselos. Bizancio, Turquía, Francia e Inglaterra compraban sencillamente a los capitanes piratas más famosos y les encargaban el alto mando de sus escuadras y hasta la misma España —único gran país europeo donde la piratería jamás llegó a echar raíces— hizo tratos en ese mismo sentido con hombres como Azor Jairedín y *Sir Henry Mainwaring*.

Los piratas en cifras

Comoquiera que vivimos en la era de la estadística, me he permitido llevar a cabo una pequeña «encuesta representativa» acerca de los más de 200 capitanes piratas que se mencionan más o menos extensamente en este libro. Ella arrojará unos cuantos rayos de luz muy ilustrativos sobre este noble gremio.



Falúa de un corsario francés en lucha contra un bergantín inglés hacia 1800.

Habrá que empezar por preguntar cuántos fueron los piratas que ejercían sus rapiñas totalmente desvinculados de cualquier nación o política, y qué meta los guiaba, así como cuántos se dedicaban a la «caza» por cuenta de algún país o monarca, en cuyo caso rechazaban por lo general como un oprobio el que se les aplicase la clara denominación de piratas y similares, dando preferencia al término de corsarios y otros eufemismos. Las cifras están bastante equilibradas: un 45% de piratas por cuenta propia, un 42% de piratas al servicio de algún país; el resto o bien no está claro o bien estaba sujeto a cambios —según las circunstancias— de una «especialidad» a la otra.

La pregunta siguiente concierne al destino de todos esos hombres, incluyendo cuántos de ellos fueron realmente piratas de por vida. Lo fueron el 38% de ellos, mientras que aproximadamente el mismo número regresaron en algún momento a la vida «privada», al paso que alrededor de la cuarta parte de los salteadores del mar pasaron a asumir puestos militares, elevados en la mayoría de los casos.



Este lobo era el mascarón de un barco pirata.

Es una sorpresa el resultado referente al final de la vida de los piratas. De acuerdo con la idea más difundida (cultivada también por muchos de los autores que han tratado ese tema), la última etapa de la vida piratesca finalizaba normalmente en el patíbulo, pero las cifras hablan un idioma muy diferente: un 50%, o sea precisamente la mitad, fallecieron en la paz de sus lechos; un 30% cayeron en la lid o perecieron de algún otro modo violento —lo que viene a constituir el riesgo estadístico de esta profesión—; un 8% se consideran ahogados y no pasan del 12 los que fueron ejecutados realmente por ser piratas...

También puede merecer una breve consideración el aspecto de la rentabilidad de la piratería. El hecho de que casi todos los piratas hicieran alguna vez grandes «redadas» —como también que solían perder el dinero ganado con la misma velocidad— no es aquí lo más interesante, pero el que tres cuartas partes (el 75%) de los piratas hayan podido

terminar su vida ricos o al menos, en condición acomodada, mientras que sólo a una cuarta parte de ellos les fuera negado el éxito económico, puede hacer comprensible que esta profesión haya ejercido tal atracción sobre tantas personas. Si a ello se añade el comprobado hecho de que más de un tercio de los capitanes piratas se vieran favorecidos por grandes honores, títulos principescos y nobiliarios, grados de almirante y las más elevadas condecoraciones, el autor, al menos, confiesa que, de haber vivido hace 150 o 200 años, cuando la piratería se hallaba aún en todo su apogeo, la tentación no le hubiera parecido desde luego insignificante...

Cierto es que al brillo y poderío de la carrera pirateril se le contraponía siempre por otro lado el más claro texto de la ley, que denunciaba públicamente esas actividades como dañinas y delictivas. ¿Pero cuál ley es la que vale? ¿La del que perjudica o la del perjudicado? ¿Acaso se consideraron delincuentes Ulises, Demetrio Poliorcete, Roger de Flor, Francis Drake, John Hawkins, Jean Bart o Robert Surcouf, aunque desde la parte contraria era eso lo que a voz en cuello se les llamaba? Es poco probable y queda siempre en pie la pregunta: Si lo fueron, a contrapelo de toda gloria nacional ¿quién les tiraría la primera piedra?

Este libro es la historia de unos hombres mal situados a los ojos de la Ley, con sus mezquindades y grandezas, sus prevaricaciones y radiante fama, de irnos hombres a los que se les ha llamado: *Lobos de los mares*.

El azote de la piratería se inició con Jasón

Los piratas de la antigüedad desde el año 1400 hasta el comienzo de nuestra era.

Se escribía la crónica del segundo año del reinado del faraón Amenotep II —correspondiente al año 1448 a. de JC.—. El panzudo carguero fenicio navegaba con buen viento y proa al sur a la vista de la isla de Siros. El propietario de la nao, acodado en la borda junto a los timoneles, acariciábase pensativo la negra barba, artificiosamente rizada y ungida con perfumes. La «bodega» de su embarcación iba abarrotada de solicitadísimas materias primas, adquiridas por él a un precio irrisorio a los bárbaros de Tracia. Mañana arribarían a la isla de Tera, donde había siempre excelente acogida para tales artículos.

Se cumplían ahora dos meses y medio desde que había zarpado de Sidón, su puerto de origen y surcado el Mediterráneo tocando en Egipto, Creta y Asia Menor, hasta llegar a Tracia. El capital con que había salido al mar habíase ya triplicado bonitamente y le esperaba aumentar todavía en éste, su periplo de regreso.

El mercader fenicio echó una mirada hacia la isla de Siró, de la que un rato antes había brotado desde una bahía una pequeña embarcación que, ahora, impulsada por veintidós remeros, se les acercaba a toda prisa. El fenicio sonrió al ver que todos los hombres que venían en la menuda embarcación remera andaban armados hasta los dientes. ¡Qué desconfiados eran siempre todos los «bárbaros»!

Dio a sus marineros una señal para que arriasen la vela. En realidad, el comercio con estas isllas no era rentable,